

SIBECAS, EL REBELDE SOLITARIO

"He sido pintor porque no podía ser otra cosa. Ya intenté lanzarme a otros aspectos de la vida. Pero no me iban..."

Así habló Sibecas cuando en 1959 consiguiera por unánime acuerdo del Jurado, el primer premio de la especialidad óleo en el concurso de la Diputación gerundense. Y aquella voz sosegada, doliente, confesional, que delata una extraña especie de humildad en quien la posee, aquella misma voz de Sibecas vibraría ahora un instante para desvanecerse después en la mayor de las prudencias. Ahora que nuevamente acaba de otorgársele idéntico primer lauro en la séptima edición del mismo Concurso de Pintura y Dibujo, Sibecas, el poderoso anacoreta de mil religiones y penitencias, musitaría apenas: "He sido pintor..."

¿Y qué otra cosa sino pintor, puede ser este héroe de la soledad a quien el más menudo roce con las cosas en torno, se le vuelve luz, se le torna color santificado? Sibecas es uno de los pocos artistas del momento provincial, cuya personalidad humana y estética merecen abrirse a fondo hasta la entraña y ser desmenuzadas quirúrgicamente, autopsiarse, en la historia de los pintores catalanes portadores de magia campesina. Porque fue tanta y tan decisiva la nueva definición del paisaje, las casas, el agro y la flora ampurdanesas que en años de brega constante ha ido formulando su paciente rebeldía, que uno se confunde; que uno ya no sabe si fue antes la tierra comarcal, o Sibecas su juglar hechicero.

Todo parece ternura y frescor de rocío y vuelo de pájaro herido, cuando Sibecas lo detiene en la tela. El verde y el azul, colores de alquimia, le sirvieron a veces para entonar totalmente el cuadro, matizándolo de quimeras. Sus notables y frescas imaginaciones compartimentadas, proyectan al espectador sobre unos parajes silenciosos que hablan en sueños, vagan y divagan...



Los tres mandamientos de Bonaterra

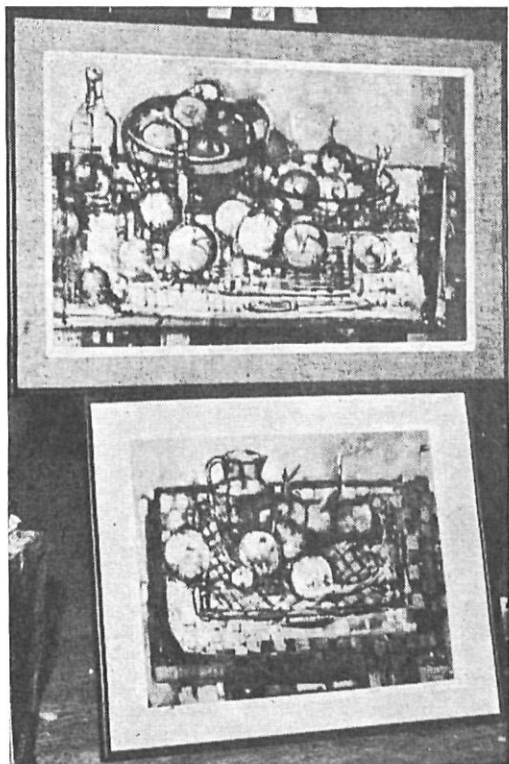
En el centro de tanta renovación espiritual y pureza de saber técnico, un hombre: Bonaterra. La alta y elegante figura del maestro de pintores, acompaña en la foto a Sibecas cuando su segunda exposición en Figueras. Bonaterra ejerció una real fascinación sobre tan buen discípulo; aún después de muerto aquel formidable artista, su estilizada, libre y caprichosa sombra vigila, aconseja, la recia paleta de Sibecas. Cierta gratitud del hallazgo, el placer por las calidades insospechadas y un deportivo señorío en el oficio, fueron los tres mandamientos que Bonaterra dictaba a diario desde su acogedora rinconada. Me parece que el



Horado maestro gustaba tanto de la acuarela, por lo que el procedimiento tiene de riesgo y de primera intención. La rapidez de aquella técnica, no da tiempo para correcciones ni disimulos. Es un poco como la vida: hay que aceptar dignamente lo que va saliendo a cada minuto. El pastiche, la tontería hipócrita, el remiendo delator, todo eso y mucho más, son recursos para la literatura. La vida no sabe de retacas.

Bonaterra: el veterano de la sonrisa como un acento agudo, el amable boulevardier del arte pictórico, y Sibecas: el misterioso poeta de la luz de Vilanant, depositario y heredero de los secretos del maestro. Una fusión, en la que permanece vibrando fugitiva, la personalidad de los dos componentes.

Acababa de nacer la primera academia libre y federal del mundo del arte.



Naturalezas vivas

Exposiciones en Figueras (1948 y 1958), en Barcelona (1951, 1954, 1955, 1956 y 1960), Gerona (1953 y 1957), Ripoll (1954), Mataró (1957 y 1958) y Sabadell (1958), dan a conocer a lo largo y a lo ancho de la región catalana, fases sucesivamente caducadas en el ánimo del artista. Pero entendámonos: caducadas, no superadas. Porque en cada etapa quedaba vital constancia de todo un pintor que de persistir en una u otra, ya nos hubiera impuesto el respeto del Sibeiras de hoy. Continuando aquella línea próxima a Cézanne, Joan Sibeiras ya era pintor de considerable empuje. Ello le confería carta blanca para intentar y lograr cualquier otro género.

Parece que el eslabón de mayor importancia, que prosigue y se acrecienta de día en día, fue el de los bodegones. Aunque a propósito de Sibeiras es más prudente no emplear el término bodegón, puesto que se trata de algo que está latiendo. Las naturalezas vivas —nunca muertas— del artista son otra cosa. El bodegón tiene concomitancias con el apetito: son frutas pintadas, alimentos, a los que parece que hay que comer con los ojos...

Pero es que en Sibeiras, más que de alimentos se trata y se trató siempre de objetos. El objeto tiene que ver con el vivir y con el ayudar a la vida; hasta tal extremo que estos objetos de las naturalezas vivas sibeirianas, disfrutan de quieto existir.



Tras la ventisca purificadora de Bonaterra, otros dos maestros sirven el solitario despertar del artista de Vilanant, cuyo impresionante acopio de premios iniciado en 1957 solo supera la gerundense Emilia Xargay.

He aquí dos nombres con perfume envolvente para Sibeiras: Baig y Reig. En Baig pudo aprender tanto el amor por las raíces fantasmagóricas de los sentimientos, cuanto una cierta disposición del espíritu hacia la persistencia de valores tradicionales, exaltados con nuevos lenguajes. En cuanto a Reig, es posible que levantara en quien fue su alumno, la pasión por los conjuntos decorativos y la meticulosidad en graduar efectos.

Más por encima de probables influencias y asistencias, queda el rebelde afán de verdad que brota del pósito campesino sedimentado en Sibeiras. Si todas las pinturas afrentadas por el estigma comarcal fueran tan decididamente ciertas, el estigma trocariase en honor. Porque lo comarcal y lo local son universales, en la medida que el creador desee. E igual continúan siendo chillonamente aldeanos, si se desea persistir en colorines de mediocre zarzuela. A dios gracias, este comarcalismo ampurdanés de Sibeiras no sirve para decoración zarzuelera ni para souvenir comercial. La inmensa gloria de nuestro artista estriba en haber logrado una pintura campesina, exactamente regional, expresada en un idioma europeo. Su mérito consiste en la suprema finura de una pequeña y orgullosa alma desbordante de matices, que sabe darnos en esta segunda mitad de siglo, cierta gran unidad mezclando lo rudo con evasiones de supremo acento poético y señorial. Sibeiras, partiendo de la tierra y aprovechando los surcos del laboreo campesino, se nos escapa en pura alucinación de ensimismado hacia otro Ampurdán. El suyo. El húmedo, tierno y monótono. Pero tan ricamente monótono, que logra convertir su pintura en obsesiva y casi patológica.

Nuevos maestros
para una pintura
exactamente regional



Surgen los arrebatos ilógicos

Tengo para mí que el cuatrienio de mayor significación, característico y personal de Sibecas, comienza en 1960 para cerrarse en las postrimerías de 1963. Su cargo de director de la Escuela de Dibujo y Pintura del Casino Menes-tral, no impide al artista dar hasta la saciedad, todo un complejo de confesiones sabrosas en las que ronda la depresión típicamente paranoica de un Salvador Dalí. A comienzos del año en curso, cuelga en la sala Icaria de Figueras, su primera exposición no figurativa; tendencia que abandonará parcialmente meses después, hasta que-darse en un estadio central entre la figuración y la no figuración.

Vimos en aquella muestra de Sibecas en Figueras, su gusto futuro por la materia; como la materia desarrolla-ría la forma venidera en un sentido determinado. Persistía aquel su mundo especial, transido de verticalidad y confesado en moradas rectangulares. Moradas interiores iguales a las de un místico amigo de dioses aún por civi-lizar.

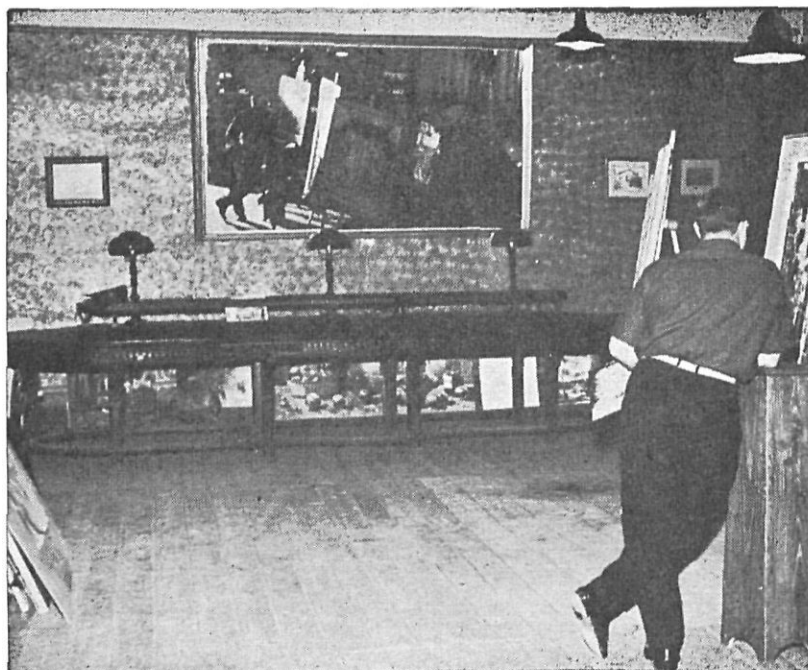
La experiencia informal premió a Sibecas. En efecto, desde entonces subsiste en él mayor libertad en la fac-tura y un conato de revolución de los impulsos primarios antes tan controlados. El arrebato ilógico empieza a poseer al pintor...

Pintor de espejismos

Fruto maduro de tal sensibilidad fuera de serie, ha sido la última manera de su arte. Una manera donde los bloques frontales de casonas —siempre un tris inclinados hacia el campo que las nutre— son vislumbrados por reflejo sobre multitud de espejuelos; cerca y lejos; confundiéndose y separándose y estrechándose.

Cabe felicitarnos por el acierto del Jurado que premió este Octubre a Sibecas. Con ello se estimula y apoya una obra extraña, excitante hasta los bordes: la obra espiritualmente real del que me place tildar de creador e inventor del "Panespejismo". Pues todo, absolutamente todo en la actual pintura de Sibecas tiende a la lejanía; por más cercano que parezca al espectador. Y los sedientos de alma que aún caminan por el mundo, pueden detenerse ante la obra de un extraordinario poeta cuyas imágenes semejan espejismos cegadores. Por bajo del suelo o por encima de la tierra —cual si en la atmósfera o en el agua se reflejasen— aproximanse estas paredes, estas ventanas repe-tidas y obsesivas al encuentro del hombre ciudadano. Cuando le hallen, igual que a Willye Loman, el antihéroe de Miller en "La muerte de un viajante", no le permitirán ver más que una ridícula franja del inmenso firmamento...

¿Ilusión de los sentidos?, ¿nueva realidad subjetiva? Yo no sé. Pero el arte actual, precisa en forma urgente de visionarios.



Textos y Montaje: PIJOÁN